



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Julián Romea.)



Yo tengo un gusto exquisito,
y, además, tendré la suerte
de que me coja la muerte
llamándome *Julianto*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Buen principio!, por Eduardo Bustillo.—Luquillas, por Luis de Ansorena.—El medio ambiente, por Rafael Torromé.—Un bautizo en Kamclaff, por Juan Pérez Zúñiga.—Miniatura, por Simón Delgado.—Menadencias, por Federico Camalejas.—Chismes y mentos.—Correspondencia particular.

GRABADOS: Instantáneas (Julián Romer).—Luquillas (cuatro viñetas).—¿Por dónde saldrán! (ocho viñetas), por Gilla.

*

DE TODO UN POCO

Los pesimistas de siempre andan sembrando la alarma con motivo de la votación del Senado yankee; pero en realidad no existen los peligros de que nos habla la prensa quejumbrosa.

Bueno que el hombre viva prevenido contra la ambición de los sobrinos del tío Sam, los discursos de Rodríguez Sampedro y las poesías de *La Ilustración*, pero de esto á creer que nos moriremos todos en plazo breve, va mucha diferencia.

Por de pronto, hay gente que va á ver al *Algabéño* y se distrae lo mismo que si toreara *Guerrilla*.

No falta asimismo quien, olvidándose de la actitud de los norteamericanos, se va á comer un cubierto de dos pesetas con dos sopas, él solo.

Hasta hay quien se casa.

Aun ayer tropecé en la calle de la Cruz con una boda y en las fisonomías de novios y convidados brillaba la dicha.

Ella, la recién casada, iba de negro con un ramo de azahar que parecía un capullo; él vestía un elegante terno color botella de gasosa clara. Las demás personas de la comitiva ostentaban trajes de más ó menos valor.

Penetraron todos en el café de San Sebastián y allí tomaron chocolate con bollo de tabona.

La novia, profundamente conmovida, miraba al novio, como si quisiera decirle:

—¡Ay, Justino! ¡Cuánto te adora mi corazón!

El, á su vez, clavaba sus ojos en la fisonomía de la mujer amada y decía para sí:

—¡Ay, Micaela! ¡Qué mal te has lavado el pescuezo!

Porque, efectivamente, la chica no brillaba por su cutis.

Después del chocolate comenzaron los chistes de rigor.

Un caballero de edad madura se puso á dirigir frases picarescas á la novia; ésta creyó oportuno ruborizarse y ponerse á hacer bolitas de pan con los dedos.

Las demás chicas de la reunión fingían no entender los chistes del caballero gracioso y la mamá de la desposada tuvo que intervenir en el asunto diciendo al chistoso:

—Vamos, D. Policarpo, tenga usted la bondad de no deslizarse, que hay chicas solteras y no necesitan saber ciertas cosas. Y no hablo de mi hija, porque ésa es ya una mujer casada y cosas peores tiene que oír en este mundo.

Pero ¿quién contiene á un hombre gracioso cuando se pone á hacer reír! Así que D. Policarpo no quiso ceder y estuvo más de una hora diciendo picardías, con gran aplauso del elemento barbudo, que le jaleaba, diciéndole al oído:

—Ande usted con aquella rubia, D. Policarpo... Dígale usted cuatro cosas á aquella morena... Háblele usted á aquella jamaona de cuando la encontraron los viejecos pelando la pava con el cartero detrás de un café.

Desde el café de San Sebastián la boda pasó al Vivero, donde hubo comida succulenta y vino de largo y piano de manubrín.

El novio se pasó la tarde bailando con la novia y diciéndola á media voz:

—Lo primero que vamos á hacer mañana es echar de casa á tu madre. Ahora va á pagármelas todas juntas.

—No seas cruel, Justino.

—Ya sabes que me ha hecho tragar mucha saliva en este mundo.

—Porque siempre estuvo creyendo que estabas tísico, y era natural que te aborreciera; pero ahora...

—¡Tísico yo! Se podrá decir que estoy flaco, yo mismo lo reconozco, pero tísico...

—Bueno, pues ella lo creía, y fué porque se lo dijo D.ª Pava, la del guarnicionero, que es muy mala lengua.

Á todo esto, los chicos convidados se dedicaban al amor, y había aquello de:

—¡Ay, Celedonia! ¡Con qué gusto contraía enlace con usted!

—No sea usted malo.

—Pero ¡qué preciosa es usted! Vale usted muchísimo más que la novia.

—Lisonjero, falaz.

—¿Por qué no admite usted mis relaciones?

—Porque no creo á ninguno de ustedes.

—¿Ha tenido usted novio?

—¡Ay! Sí. ¡Ojalá no le hubiera tenido!

—¿Era malo?

—Era un perro.

—¿Quiérame usted á mí.

—¿Quién sabe?...

Á las diez de la noche, novios, padrinos y convidados entraban en Madrid por la puerta de San Vicente, después de haber bailado como peonzas y de consumir una cazuela de arroz con conejo que parecía la rueda de un carro.

* *

Véase cómo hay personas que no se entregan al pesimismo y para quienes lo de la beligerancia es cosa insignificante.

No piensa así cierto escritor fúnebre que no tiene familia, ni negocios, ni sensibilidad ni nada que perder y, sin embargo, se conmueve hablando de la zafra y dice á cada momento:

—¿Qué situación tan crítica la de todos nosotros!

—¿La de usted? ¿Tiene usted ingenios, familia en Cuba, papel del Estado?

—No, señor; pero tengo ardores patrióticos, y si yo fuera gobierno lo primero que hacía era obligar á que empuñaran las armas todos los que no lleguen á los sesenta y cuatro años.

—¿Cuántos tiene usted?

—Sesenta y cinco.

Se enfurece, se indigna, pide que todos tomemos parte en la guerra... y él se queda en casa tomando magnesia granular efervescente para evitar los ardores de estómago.

Así son muchos patriotas que andan por ahí.

Luis Taboada.

*

¡Buen principio!

(A ÁNGEL RODRÍGUEZ CHAVES)

Á ti, buen Rodríguez Chaves, impenitente taurino, que de este siglo nos hablas como de los otros siglos, recordando al caballero que toros rindió en los circos, sin *monas* de esas que estilan los que ahora rasgan novillos:

á ti, popular *Achares*, que, en prosa ó romance limpio, de estas taurinas locuras nos hablas con tanto juicio, te digo aquí, en confianza, lo que á Bartolo no digo, pues tiene todo empresario de mercader los oídos.

Gran temporada te espera, pues tiene tan buen principio haciendo del *ruido* noria, volviendo el rabo, los bichos.

Tú has visto toros de Aleas y toros del Duque has visto cuando eran fieras de lunes las que ahora son de domingo.

Tú, que, en días de trabajo, gozaste aquellos prodigios, dime si ahora te diviertes con estos cuernos *festivos*.

Si picar viste á los *Charpas*, á los *Gallardos* y *Trigos*, dime tú si estos *Cantares* te suenan ahora lo mismo.

Si entonces premiaste al *Cuco*, y á *Maniz* y á *aquellos* chicos, ve que los que hoy ponen palos los merecen por castigo.

La fiesta puesta en buen orden por diestros de buen sentido, es hoy feria de percales, y *herradero*, y *rehalicio*.

No viste entonces muchachos con los pujos del *súicidio*, como estos que, cuando *alternan*, piden de *sangre* el bautismo.

Multas cargaba un *Ordóñez* al que hiciera un *desavío*, y hoy el que preside en plaza ve horrores y *aguanta el mirlo*.

Por Dios, *Achares*, que me hables de toros del otro siglo, en que lanceaba un bravo teniendo al lado el padrino, entre sonrisas de *hermosas*, con aplauso del rey mismo, luciendo, en *chambergos* airoso, de *diamantes* el cintillo.

Eduardo Bustillo.

*



Luquillas.

I

No sabía Luquillas quiénes fueron sus padres, ni le importaba tampoco. Es más, saberlo le hubiera proporcionado disgusto. Así lo pensaba en sus largos soliloquios, mientras recorría las calles de Madrid, con las manos hundidas en los bolsillos de su grasiento pantalón, y una colilla, recogida al azar, en la boca.

—¿Pa qué saberlo? Pongamos que sean gente *empingorotá*, y pongamos también que, al saber que yo era su hijo, quisieran recogerme, y que me recogieran... *Pus* me caso con venticinco, que me reventaban... lo que se dice reventar. Cátate que con esto me quitaban de golpe lo único bueno de mi vida: la *santísima* libertad. Vamos, que me da risa pensar en lo bonito que yo estaría si se les ocurriera presentarme á la gente *vestío* con traje de tela fina, como esos señoríngos que veo *toas* las tardes en la Carrera, pasea arriba y pasea abajo, echan do píropos á las buenas mozas. ¡*Mia* tú que estaría yo de oro haciendo reverencias á los amigos de mis *papás* y comiendo con tenedor! ¡*Pus* y si se les ocurría hacerme sabiduría! Y si tenía que meterme en la cabeza *to* ese montón de libracos que lleva el hijo del cerero de los soportales cuando va al *Enstebulo*! ¡Que no he nacido yo *pa* eso! ¡Que no lo quiero! ¡Quiá! ¡*Pa* otro! ¡Lo primero es ser libre!

No recordaba Luquillas que la tristeza le hubiera durado un día entero. A su modo era filósofo, y se reía de la vida. Pensaba de ésta que no era digna de que se preocupara uno tanto de ella. Los recuerdos que de sus primeros años tenía eran muy confusos. Sus pa trés le dejaron, recién nacido, á la puerta de la casuca en que vivía la buena mujer que le recogió. Esta le trataba bien: hacíale trabajar poco, y aunque de carácter rudo é impetuoso, no le pegó nunca. Con él se le iba toda la fuerza por la boca. «Este demonio de chico me tiene *emborujá*», solía decir á sus vecinas si alguna vez le reprochaban su blandura con él, tan contraria á su naturaleza y costumbre. Hambre, lo que se dice hambre, no la pasó Luquillas mientras vivió aquella mujer: que ésta la sufría con gusto á trueque de que el arrapiezo satisficiera su apetito. Aparte de esto, Luquillas era frugal. Un pedazo de pan y medio chorizo ó cosa parecida, un trago de agua, y ya estaba hecho su avío. Con esto

y con ser libre, ya había un hombre. Un reuma cogido en el río, un día de invierno, en que la mujer bajó á lavar, dejó á Luquillas sólo en el mundo, á los doce años.

El chico sintió entonces una pena muy grande, porque... ¡cogollos! que había tomado cariño á la *señá* Simona, y cuando sacaron el cadáver de ésta, le pareció *mesmamente* que le sacaban el corazón del pecho con unas tenazas... Miedo de la soledad y abandono en que quedaba no le sintió Luquillas, ó si le sintió fué cosa de un instante, y no se acordaba... El ganarse el pan podía ser un quebradero de cabeza continuo para otros que llamaban necesidades á sus caprichos... Para él no había tal dificultad... Tenía su oficio: el de la mujer que le crió: era traperero... ¡Malo el oficio! Hombre, si daba risa que dijeran que era malo... *Pus* como otro cualquiera... Había hecho una frase, de la que estaba muy orgulloso, y que repetía en cuanto se presentaba la ocasión. Su oficio era el de gran parte de la humanidad: consistía en inclinarse para recoger las sobras de otros. Poco más, poco menos, todos eran traperos.

II

Una noche y en una calle que, aunque de poco tránsito, era habitada por gente principal, escudriñaba Luquillas los desperdicios amontonados en el suelo, con la esperanza de encontrar cosa de la que pudiera sacar provecho.

No ponía gran afán en la faena, y hasta arrojó lejos, desdeñosamente, restos que en otras ocasiones recogía con gran cuidado... La causa de aquel extraño desprecio y aquella apatía era bien sencilla. Por la mañana Luquillas había encontrado un bolsillo que contenía seis pesetas... Era honrado y le hubiera restituído á su dueño, de saber quién fuera éste... ¡pero cualquiera lo averiguaba! Ya se ha dicho que Luquillas era sobrio, pero un día es un día, y el muchacho tenía la intención de darse el gran hartazgo aquella misma noche, en cuanto terminara su tarea. Ya había hecho su presupuesto de gastos... Para la cena, en un café, tres pesetas... Ya se podía comer bien, ¿eh? Las otras tres las emplearía en una bufanda de lana, por que la que llevaba, materialmente *se iba*... y aquel invierno apretaba el frío, y había que cuidarse...

Relamfase el muchacho de gusto, pensando en el banquete que le esperaba, cuando vino á distraerle de sus imaginaciones el ruido que al abrirse produjo la puerta de una casona situada á pocos pasos del sitio en que él se encontraba. No se hubiera Luquillas fijado en el caso á no ser porque sabía, por el sereno de la calle, que la señora que habitaba la casona, una mujer joven y muy guapa, estaba enferma, con dolencia al parecer tan cruel que, imposibilitándola para todo movimiento, la reténia en la cama desde hacía algunos meses, sin que la extrema debilidad de su cabeza la permitiera recibir visita alguna. Añadió el sereno que el esposo de dicha señora hallábase fuera de Madrid, y en tierras muy lejanas, y que la ausencia duraba ya cerca de un año, y como no volvía, él (el sereno) pensaba que, por no alarmarle, ó vaya usted á saber por qué, sin duda se le ocultaba al marido la verdad del caso.

¡Cosas de esa gente! — pensó Luquillas. — Habrá algo gordo.

Al notar que se abría la puerta á tan desusada hora (las doce serían ya), no pudo Luquillas contener un movimiento de curiosidad, y echándose al suelo, de forma que el montón de desperdicios le cubría casi, esperó á ver quién salía. Fué una mujer envuelta en un mantón. Lanzó una ojeada en torno y echó á andar calle abajo.

—¡Vaya! — pensó Luquillas. — Se habrá puesto peor la señora y ésa irá en busca del médico; avaque es extraño, porque en la casa hay hombres y...

No acabó de formular su idea... Un llanto débil, extraño, llegó á su oído... La mujer apresuró el paso.

—¡Cogollos!... ¡Si lleva un niño! — exclamó Luquillas.

Se levantó de un salto y, ocultándose en la sombra, á regular distancia para no ser visto, siguió á la mujer... Dobló ésta la esquina, y con gran prisa recorrió algunas calles... El chico seguía llorando... La que le llevaba llegó á una calle...

juela estrecha y corta, sin más luz que la que daba un mezuquino farol colocado en un extremo.

Allí se detuvo aquélla ante una casa de pobrísimo aspecto, é inclinándose dejó al niño en el quicio de la puerta; hecho esto, se alejó calle arriba con más rapidéz que antes, como si hubiera...



De dos saltos llegó Luquillas al sitio indicado... Tomó al niño en sus brazos; mecióle en éstos, arrullándole con una canción monótona, y juntando su cara á la del angelito, pensando que así callaría... Todo fué inútil; el rorro siguió llorando como si protestara de haber nacido. Luquillas tuvo entonces una inspiración. El niño lloraba de hambre. ¡Contra! Pus había que darle algo... Pero ¡qué? ¡Cómo? ¡Ah!... Sí... ¡Ya estaba!

Echó á correr, siempre con el pequeño en brazos. Llegó á una botica, en la puerta de la cual llamó con desaforados golpes.

Como tardaran en contestarle, arreció de firme. Al fin abrieron desde dentro una ventanilla dispuesta para el despacho de noche, y una voz sonnolienta preguntó:

—¿Qué hay?

—¿Tiene usted biberones?—preguntó Luquillas echándose mano al bolsillo del pantalón, en el que llevaba las seis pesetas que por la mañana había encontrado.

—Sí... ¿De qué sistema?

—De cualquiera... Deme usted uno... ¡Pero de prisa, cogollos! Y llénelo usted de algo que sirva pa un niño recién nacido. ¿No hay na de eso?

—Sí. Hay leche pasteurizada...

—Pus dé esa leche... ¡Prepárela usted, hombre! ¡Cuánto es to?

—Cuatro pesetas y media. Espere usted un momento...



Diez minutos después, Luquillas, sentado en el suelo, dos pasos más allá de la botica, acercaba el biberón á la boca del

niño, diciendo al ver la dificultad con que hacía la primera y prematura succión:

—Amos, mama, hombre... Pus no eres tú torpe que digamos...

Y después, recordando lo sucedido, añadió:

—¡Cuidao que hay tias indecentes en este mundo! ¡Má que tirar un niño como si fuera un gato!

III

Desde la muerte de la *señá* Simona vivía Luquillas en compañía de un matrimonio que se dedicaba á la venta de cacharrros en una tienducha de la calle del Mesón de Paredes. Pero... ¡cuidado!... Luquillas pagaba el alquiler del rincón que para dormir le cedían los otros, en la misma tienda. No era un mendigo al que se recoge por caridad; era un *húésped* que aprontaba sus veinte céntimos diarios por el pupilaje, y antes se quitara el pan de la boca que faltar á esta obligación. Nada de limosnas... Pa ser un hombre libre preciso era sacudir todo yugo, y el que pone al cuello el agradecimiento resulta á la postre el más pesado de todos.

Pues, aquella noche en que se vió con el recién nacido en los brazos, y después que éste cesó en su llanto, ó porque se le calmara el hambre con el *demonstre de la leche pasteurizada*, ó, lo que es más probable, por natural cansancio, pensó Luquillas que, en cuanto que la *señá* Tomasa le viese entrar con el chico, le armaba el primer jollín, y por añadidura le ponía de patitas en la del rey con su cargamento... Sí... sí... que se le fuera á ella con sensiblerías y *movenciones* de corazón! Mal genio gastaba la *señá* Simona, que de Dios gozara, pero en todo aquel arrebato, ahondando, ahondando, había más blandura que en un colchón de plumas... mientras que la otra... puerco espín por fuera y por dentro... Na... que no le recibía con el acompañamiento.

Sin embargo, era preciso probar... y, por lo menos, su *chico* no se quedaba aquella noche al raso. Conque Luquillas, levantándose con gran cuidado para no lastimar al niño, tomó el camino de su casa.

Sucedió lo que él esperaba. La cacharrera puso el grito en el cielo cuando Luquillas le contó la historia y le declaró como final de la misma su resolución de no abandonar al niño. En vano la mujer procuró convencerle de que lo mejor que podía hacer era llevarle á la Inclusa. ¡Cogollos! que no, que le había tomado cariño, que se hacía la cuenta que era un hermano, algo suyo, y sobre todo—y con ademán solemne extendió el brazo hacia el chiquillo, al que había metido, con gran cuidado, en una banasta vacía—¡que ése era otro huésped! ¡Que pagaba mismamente lo que éll... Luquillas se comprometía al pago... y del chico no tenía que ocuparse nadie. El se encargaba de todo. Le criaría con biberón, ¡y al avío! ¡Había algo más que hablar?

La otra cedió al cabo. Desde entonces, fiel á su palabra, Luquillas se dedicó al cuidado del niño, en los ratos que le dejaba libre su faena, á la que unió la de recoger colillas y la venta de periódicos. Puede decirse que el afecto que le inspiraba el chiquillo despertaba en Luquillas un afán fábril por el trabajo, una ambición poderosa que formaba al hombre. Luquillas veía con gozo que su protegido se criaba bien y sin grandes dificultades. La misma *señá* Tomasa sintióse conmovida al cabo por el arranque y la abnegación de Luquillas, que amenguaba hasta lo inverosímil su ración para que al *otro* no le faltase lo que necesitaba; y ayudaba al primero en el cuidado del niño, llegando hasta á renunciar al precio del pupilaje de éste. Qué diablo, también ella tenía corazón cuando llegaba el caso.

Algunas tardes Luquillas cogía al pequeño en brazos y le paseaba por las calles... Era preciso que la criatura tomase el sol... Iba muy orgulloso, y no cesaba de hacerle mimos. Y una tarde de éstas ocurrió el lance siguiente. No supo Luquillas á qué obedeció aquel impulso, pero lo cierto fué que le entraron ganas de pasar con el chiquillo por delante de la *casona* aquella donde vivía la *indecente* que se sabe. Y dicho y hecho, por allí se fué, y en cuanto estuvo enfrente se quedó parado mirando á los balcones... Acertó á pasar otro mozalbete de su edad que, viéndole tan ensimismado y con el niño en brazos, rompió á reír con burla, y sin intimidarle la mirada que le echó Luquillas, más bien excitado por ella, como si le entraran deseos de pendencia, dijo:

—¡Ay, qué niñera le ha salto á mi niño!

—Oye tú, *doceros*—respondió Luquillas, temblando de rabia, ¿es que *gües* que te suene las narices sin pañuelo?

—¡No vas á *poer* con el chiquillo!—dijo el granujilla.

—¡Pus espera que *amos* á verlo!—rugió Luquillas.

Y dejando al niño en el suelo, junto á la pared, arremetió con el otro sin hablar más palabra.

El burlón no esperaba tan feroz acometida, pero respondió á ella como pudo.

Menudeaban los golpes, crujían los dientes, se inflamaban los ojos, y no hubiera tardado en aparecer la sangre, á no interponerse entre ambos combatientes un caballero de elegante aspecto, que apareció por la esquina acompañado de una mujer muy hermosa.

En tanto que el caballero se acercaba, la señora quedó á algunos pasos, en espera de que el primero pusiera paz en la *lucha*.

—¡Ea... basta!... Se acabó—dijo el caballero, separándoles no

sin esfuerzo, y fijándose después en el niño, añadió:—¡No os da vergüenza!

La señora adelantó un paso, y el caballero continuó, dirigiéndose á ella:

—¡Pero ves qué madres hay, mujer!... ¡Cuidado que fiar un niño á estos bergantes!... ¡Y le dejan ahí en el suelo para zurrarse con más comodidad!

La señora miró á los contendientes con desprecio y murmuró:—¡Qué se puede esperar de estos pilluelos!

Luquillas levantó la cabeza... reconoció á la dueña de la casona, la miró frente á frente, y encasquetándose la gorra le escupió á la cara estas palabras:



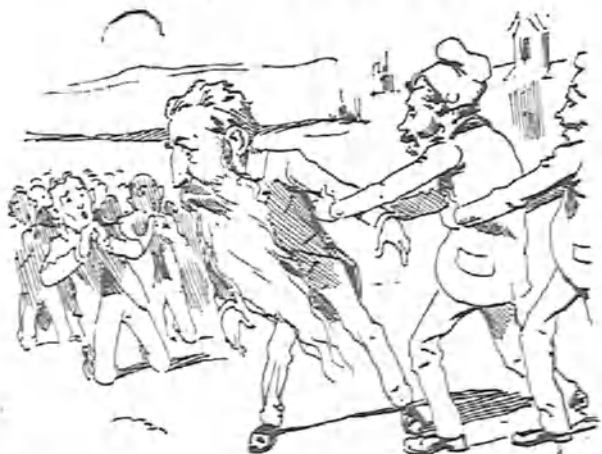
—¡No hay pa qué inflarse, que en el santísimo suelo le dejó usted también no hace mucho, cogollos!

Luis de Anorena.

★
¿POR DÓNDE SALDRÁN?



Por Azpeitia, Azcoitia, etc., etc., etc.



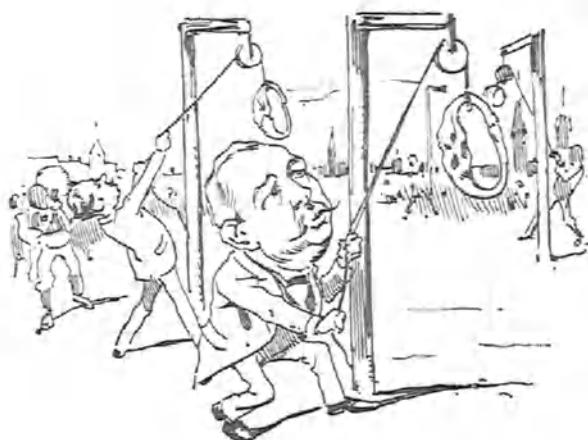
El Sr. Becerro, por Vitoria, por manifiesto empeño de los electores.



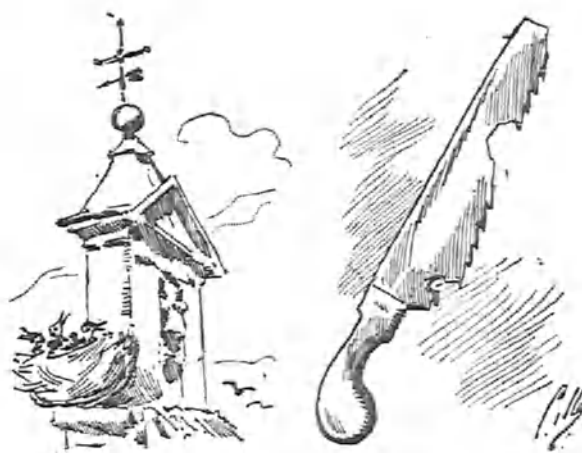
El Sr. Álamo, por Arroyo del Puerco.



El Sr. Gallo, por Morón.



El Sr. Gamezo, por Medina.



El Sr. Nido, por Campanario.

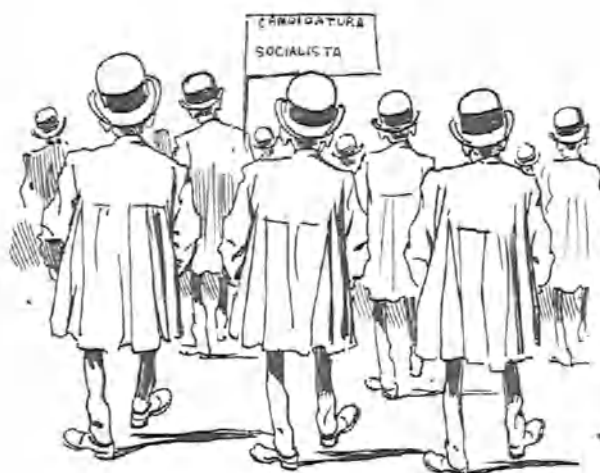
El Sr. Mella, por... Sierra Almagrera.



Por Cuba, varios apreciables bebés, dispuestos á decir á todo que sí, que lo que diga la chacha.



El Sr. Pi, por... peteueras.



Y el Sr. Iglesias, por el resto de la nación.

El medio ambiente.

Bernardo fué un engendro del vicio y la locura, chispa de amor que brota en una bacanal. El germen y la savia de su maldad futura bebiólos en la fuente del pecho maternal.

Antes de que en el labio le sombreara el bozo le ennegrecía el crimen su fiero corazón, y, siendo casi un niño, en hondo calabozo ya andaba del grillete al rechinante son.

¡Qué arcanos guarda el alma! Á veces por la herencia trasmítese el impulso feroz de la maldad, y la onda criminosa que hoy rugé con violencia de los pasados siglos brotó en la inmensidad!

Bernardo á los reclusos á su placer regía, era la face el cetro de tan sañudo rey; la chusma del presidio su voz obedecía, que donde está la fuerza también está la ley.

Á veces, la guitarra templada por su mano gimiendo acompañaba á su vibrante voz, oyéndole los presos, al sentimiento humano abrían inconscientes su corazón feroz.

Á veces, al reflejo de un rayo de la luna que hundía por las rejas su lumbré celestial, en el azar del juego tentaban la fortuna, y allí Bernardo el orden confiaba á su pañal.

Á veces la cantina de frotas y licoras á los reclusos daba sabrosa provisión, y hallando con la orgía alivio á sus dolores, estremécian ebrios la lóbrega prisión.

Envejeció Bernardo, mas siempre á su obediencia estuvo sometida la chusma criminal; á todos infundía respeto la presencia de aquel león anciano recluso en el penal.

Que el alma humana siente afén de idolatría y de rendir honores incabable sed, y ante el que excita y mueve su ardiente fantasía dobléga la rodilla á implora su merced.

Feliz en su desdicha jugábase Bernardo cuando un indulto regío le puso en libertad;

abandonó la cárcel con paso lento y tardo, é incierto y atarido vagó por la ciudad.

Las gentes á su lado veloces discurrían; solo, entre miles de almas, tamblaba de temor; su llanto desdeñaban, sus voces desoían; su cuerpo tuvo hambre y su alma sed de amor.

Cuando llegó la noche, Bernardo, fatigado, sobre un banco de piedra gimiendo se postró: llegaba á su memoria la imagen del pasado y el banco de granito con lágrimas regó.

¡Qué hermosos le pintaba su ardiente fantasía los juegos y las fiestas brutales del penal, donde era el dios del crimen y en donde le rendía su amor y su homenaje la masa criminal!

El bien no son los gozes, la libertad ni el ocio; vive donde halla el alma consuelos y calor, arraiga y se alimenta en el moral consorcio: el bien no es más que un fruto del árbol del amor.

Por eso el presidiario, buscando su elemento, volvió al presidio, y dijo el centinela:—¡Atrás!

—Yo quiero entrar de nuevo.

—La entrada no consiento.

—Soy viejo y tengo frío.

—Pues roba y entrarás.

Allí volvió otra noche, y tras las altas rejas oyó Bernardo á un preso cantar á media voz, y por comunicarle sus duelos y sus quejas por la pedrosa tapia se encaramó veloz.

Dispara un centinela, Bernardo rueda herido, mirando hacia la cárcel, ya próximo á expirar; á él llega el centinela y exclama conolido:

—¡Pobre! ¡Salir querías!..

—¡Ah, no! ¡Quería entrar!

Rafael Escamé.

Un bautizo en Kamelaff.

En un pueblo americano que se llama Kamelaff, al Norte de California y al Este de Sanchidrián, asistí un día á un bautizo por pura casualidad y... ¡bien merece contarse lo que es un bautizo allí! Ante todo, al chico ó chica que tratan de bautizar le limpian en casa el polvo, le frotan con aguarrás, le golpean con un tiesto la columna vertebral hasta hacer que salten chispas, le coge el padre (y si hay más de uno, el padre más antiguo) y con toda seriedad, ocultándole en la funda de una bandurria, se va con él debajo del brazo al templo de Magrastald, que es el templo adonde á todos les llevan á cristianar, y á cuya puerta hay un puesto de anteojos y de asafrán. Formando corro el padrino, la madrina y los demás interesados en cueros (salvando la honestidad las damas con sus peinetas y los hombres con sus fracs), desenfundan al chiquillo y, una vez puesto á enfriar, se lo entregan al gran Woscons, que es una especie de Ranú, que viene á ser como un Chimpisi, es decir, un Metkinlard (y hago mención de estos nombres para mayor claridad).

El gran Woscons coge al nene, le da dos vueltas de vals por el templo y dos arótes, diciéndole en castalán: «¡Non plus ultra!» «¡Pange lingual!» «¡Vade retro!» y «¡Ole yale!» Entonces los invitados

comiecozan á berrear á coro, y á revolcarse por los suelos, en señal de asentimiento. Al chiquillo le ponen sobre un sofá; le presentan el retrato del callista de Bisinarck; le echan doce cubos de agua por la cabeza además, y haciéndole que se enjuague con la tabla de restar, la madrina le unta el cráneo con aceite mineral. De todos los concurrentes el que tiene más edad coge al nene por los pelos, le da un rato de mamar, y tras una pausa breve, todas las señoras van á lamerle, hasta que el chico dice: «¡Bueno! ¡Basta yale!» Lo encierran en un pupitre forrado de mazapán, y entre cuatro magistrados se lo llevan al corral donde vive el polvorista más chato de la ciudad, que le bendice con queso subido en un general. Y acaba la ceremonia echando migas de pan el padrino á los presentes, que se disuelven en paz en un kiosco de esos donde, por un perro nada más, el hombre más intranquilo recobra su bienestar.

No sé si ante esto tan bufó, caro lector, bufarás; pero ya que por la muestra conoces de pe á pa cómo las gustan los raros vecinos de Kamelaff, ¡d si merece contarse lo que es un bautizo allí!

Juan Pérez Zúñiga

Miniatura.

¿A qué vienen las quejas! ¿a qué vienen?
¡Todos dan á la patria cuanto tienen
cuando llega el momento!
Los pobres, los perdidos, la morralla,
sangre y vida en los campos de batalla,
y los ricos el oro, al seis por ciento.

Sinesio Delgado.

Menudencias.

¿Por qué será que Andrea
cuando la veo sola me enamora
y con su esposo me parece fea?

¿Que te vuelva tus cartas, Dorotea?
¡Ya tendrás que esperar á que las lea!

Al pasar Pura Saldaña
exclamó ayer Juan Izquierdo:
— ¡Uf, qué olor á piel de España!
Y ella replicó con saña:
— ¡Uf, que olor á piel de cerdo!

Yo no aborrezco el matrimonio, Juana,
y la prueba es que quiero
casarme alguna vez... cada semana.

Federico Canalejas.

CHISMES Y CUENTOS.

Sigue la broma.

Es decir, seguimos embromados todos los presentes.

Y la última es de órdago, porque se trata nada menos que de hacernos creer que el acuerdo del Senado yankee reconociendo la beligerancia á los insurrectos cubanos es un detalle sin importancia. La coletilla aquella de «...Y se resuelve que el presidente debe ofrecer al Gobierno de España los buenos oficios de los Estados Unidos para el reconocimiento de la independencia de Cuba» tampoco significa nada, ni olende á nadie, ni debe quitarnos el sueño.

Recordarán ustedes que antes, cuando se susurraba por ahí que los Estados Unidos ayudaban descaradamente á la insurrección, los órganos ministeriales lo negaban con energía, sacando á colación lo de *nación amiga*, buenos deseos de Cleveland, justicia de las autoridades norteamericanas, etc., etc. De reconocimiento de la beligerancia ni hablar siquiera! ¿Cómo podía suceder eso? ¡Bien lo trabajaban los laborantes de Cayo Hueso, eso sí! pero no conseguirían un solo voto en las Cámaras, porque, según nuestros *reporters*, sus manejos eran conocidos. Hubo más: hubo, si no recuerdo mal, hasta una declaración semioficial de Cánovas asegurando que no toleraría el menor insulto á la bandera nacional, y que se consideraría el reconocimiento de la beligerancia como caso de guerra.

¿Y ahora? ¿Qué está pasando ahora?

Que ya no hay caso de guerra, ni con la beligerancia, ni con la intervención, ni con cuatro patadas que nos den á cada uno.

Ello es que el día que se conoció en Madrid la dicho *conjoints* (que por cierto tiene nombre de interjección prohibida, como dijo el otro) la indignación subió de punto y sabe Dios lo que hubiera pasado si el Gobierno no hubiera indicado ligeramente en los periódicos que al día siguiente se celebraría un Consejo de ministros importante, en el cual se adoptarían resoluciones de grandísima trascendencia. La gente se calmó con esto, suponiendo ¡pobrecita gente! que el pañero estaba en buenas manos y que *por fin* iba á estallar la bomba.

Y se celebró el Consejo efectivamente.

Y ¿saben ustedes lo que trataron en él los señores ministros?

Oído á la caja:

«Duró tres horas y media. Buena parte de este tiempo fué invertida en tratar de las luchas electorales en las Provincias Vascongadas, donde integristas y carlistas se aprestan á librar verdaderas batallas en determinados distritos; por ejemplo, en Axpeitia.»

Como se ve, el asunto no puede ser más interesante. Y cuando la Nación está con el alma en un hilo, lo que debe hacer es distraerse con las luchas electorales de carlistas é integristas. Pasémosnos la mano por la cara y adelante.

«Sometió al Consejo el ministro de Marina el presupuesto adicional...»

Bueno. Á otra cosa.

«El señor ministro de la Guerra habló también de la necesidad de hacer gastos para aumentar el armamento del ejército...»

Bien; para tirarlo inútilmente en Cuba, persiguiendo á unos cuantos negros sostenidos por los yankees, en lugar de irse á la cabeza del toro. Adelante.

«El Sr. Linares Rivas despachó también un expediente de concesión de crédito para cercar con una verja de hierro el jardín botánico de Orotava (Canarias).»

Perfectamente. Así, cuando á los Estados Unidos se les antoje que reconozcamos la independencia de Canarias, ya se encontrarán con su verjita puesta en el jardín botánico.

«Fue otro asunto del Consejo la reorganización del Banco Español de la Habana.»

No está mal. Adelante.

«El señor ministro de Hacienda dió cuenta de la distribución de fondos del mes, que fué aprobada.»

Á esto no hay nada que oponer. La cosa urgía y no podíamos pasar un día más sin aprobar la distribución. Á ver si quiere Dios que lleguemos al punto verdaderamente importante.

«Leyéronse en Consejo los informes telegráficos de nuestro ministro en Washington...»

¡Gracias á Dios! Ahora vamos á entrar en materia y vamos á contestar dignamente á los insultos de los respetables senadores.

«...en que dice que el Gobierno de la Unión apoya toda iniciativa para más adelante. Esta es la única base en que descansa el optimismo de nuestro Gobierno...»

¡Adiós con la colorada! ¡Otro par de semanitas de intranquilidad, fiándonos de los buenos sentimientos de Mr. Cleveland, cuya vida guarde Dios muchos años.

Eso prueba que todo español irá al cielo con zapatos y todo, si los tuviere. Porque nos han dado una bofetada y nos hemos apresurado á poner la otra mejilla.

Bomba final:

«Como hoy se reanudan las tareas escolares en los centros de enseñanza, se han dado las órdenes terminantes para que no se repitan sucesos y manifestaciones recientes.»

¡Eso! ¡Duro y á la cabeza!

Parecía que los sucesos y manifestaciones recientes que debían prohibirse en absoluto eran las de los senadores yankees que nos ponen como chupa de dómine... ¡Pues no señor, ésa no importa! Las que se prohíben terminantemente son las de los estudiantes que gritan «¡Viva España!» con ó sin el himno nacional, que á *El Imparcial* se le ha quedado en el cesto.

Me parece que no se puede llegar más abajo.

Es decir, sí.

Porque... lean ustedes el siguiente suelto oficioso:

«Para ayer estaba convocado, según se asegura, un Consejo de ministros con objeto de tratar principalmente de las citadas *resolutions* y de las noticias que se recibieran acerca de la impresión que éstas han causado en España. Pero lo cierto es que el Consejo no se celebró. Dícese que la suspensión ha sido motivada por el hecho de haberse declarado el sarampión á la hija de Cleveland.»

¡Angel de Dios! Gracia: á esa dolencia, que me alegraré de que no sea cosa de cuidado, no corre peligro inmediato la suerte de la patria. Tenemos unos cuantos días de respiro.

Lo que hay es que el brote de la erupción debían esperarlo en la Florida cien mil soldados españoles, por si acaso tuviera un desenlace funesto (lo que Dios no quiera) y se le agriara el genio al padre.

¡Ah! Y antes que se me olvide.

Supongo que otra de las bases en que descansa el optimismo del Gobierno español será la siguiente proposición de Mr. Call, presentada al Senado:

«Que en vista de que las autoridades españolas de la isla de Cuba continúan violando los usos y las leyes de la guerra y que se perpetran allí ultrajes inhumanos y brutales en hombres, mujeres y niños, el Congreso, en *joint resolution*, pide al presidente que envíe inmediatamente á las aguas de Cuba fuerzas navales salientes, y que á los comandantes de los barcos norteamericanos se le den instrucciones para proteger, por la fuerza si fuere necesario, á los ciudadanos de los Estados Unidos contra todo daño, atropello y violación de las obligaciones consignadas en los tratados.»

El proyecto de *joint resolution* encarga además al presidente que comunique al Gobierno español copia de la *resolution* y que al envío de la copia acompañe una notificación al efecto de que los Estados Unidos intervendrán por la fuerza de las armas para proteger los derechos de los ciudadanos americanos y también los intereses de la civilización si vuelven á repetirse los asesinatos, los ultrajes inhumanos y el fuzilamiento ó ejecución, en cualquier forma, de prisioneros de guerra.»

Eso no se aprobará probablemente, aunque no es cosa de tenerlas todas consigo, pero con que se discute basta y sobra.

¿Qué opinarán los futuros diputados por la isla de Cuba, hechos así, de repente, para andar por casa?

Contra ese vicio no hay más que la virtud siguiente:

«Dice el *Noticiero Universal* que un antiguo jefe de voluntarios que peleó contra los carlistas hace el ofrecimiento de reclutar en toda Cataluña diez mil ó doce mil hombres, con objeto de guerrear por su propia cuenta contra los Estados Unidos, en el caso de que éstos reconozcan la beligerancia de los insurrectos cubanos.»

El jefe de que se trata pone por única condición que el Gobierno arme á los voluntarios que él reclute y los conduzca hasta desembarcarlos en un puerto ó playa de los Estados Unidos.

En cuanto á la manutención de los mencionados diez mil ó doce mil hombres, dice que ellos se la buscarán.»

¡Bendito sea usted, y bendita sea la madre que le parió, y permita Dios que cuaje la idea!

ANUNCIOS CÓMICOS

BERLINA Se necesita una muy grande para meter á todos los españoles. Calle de Alcalá, Presidencia del Consejo.

PÉRDIDA En Puerta Cerrada se ha extraviado un himno nacional, castaño obscuro, en que se hablaba de Bailén y del paso de Roncesvalles. Llevaba el objeto de enardecer el ánimo contra el *infel me rogul*. Al que lo presente en la redacción de *El Imparcial* se le gratificará espléndidamente.

AMO SECO Eso es precisamente lo que necesita la Perla de las Antillas. Pero muy seco, y muy duro, y muy bárbaro, si áicano viene. Lo demás es irse por los cerros de Ubeda.

¡Ojo!
Se preparan manifestaciones de simpatía para los candidatos ministeriales.
Hay serenatas á precios arreglados.
(Ministerio de la Gobernación.)

Se hacen
y remontan las *con-juntas revolucionarias*, del Senado norteamericano, de modo que parecen que nos favorecen extraordinariamente.
(Ministerio de Estado.)

✠

EL SEÑOR
D. Juan Ibáñez López
murió
el día de Mayo de 1898

Se levantará de la tumba mañana si Dios quiere para votar la candidatura conservadora.
Sus herederos y parientes suplican á los amigos que acudan al colegio electoral para saludarle.

REGALO De treinta millones de reales. Se hizo oportunamente á los señores herederos de Mora. ¡Así se los gasten en botica!

SIN DOLOR Se extraen pedacitos chicos y grandes de la bandera roja y gualda. Doctor Sherman, especialista. Washington.

COLD-CREAM VIRGINAL ¡Buena falta nos está haciendo!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Pepita y Paca.—Pues... yo que ustedes, me dedicaba exclusivamente á las labores propias de mi sexo.
Sr. D. E. L.—Muy larga, sobre todo considerando la insignificancia del asunto.

Antón el de los cantares.—No lo hace usted mal, pero tanto los cantares como las menudencias tienen poca miga.
Sr. D. A. G.—Digo lo mismo del romance. Está bien, pero el asunto no es interesante, y peca de vulgaridad manifiesta.

Satanás.—¡Bien piropea vuestra majestad infernal! Pero no debe uno concretarse á eso.
Napoléon XII.—Muy inocente, ¡mucho! De modo que publicarse si puede, pero...

El doctor Latiguillo.—Lo primero que hay que hacer, tanto en el género serio como en el jocoso... ¡es contar las sílabas!
Sr. D. D. M. E.—Se hizo su encargo.

C. C.—Así versifica todo el mundo, ¡palabra de honor! De modo que... no creo que le paguen á usted la colaboración en ninguna parte, porque eso es más duro de pelar de lo que parece.

Orencio.—La idea es bonita, pero no me gusta la forma. Sin ir más lejos, el verso

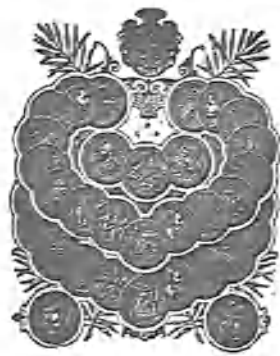
«que en ningún país las mujeres» es largo. ¿No le parece á usted? Porque para que resulte bien hay que decir país, y... no es costumbre.

Galileo.—Efectivamente, son demasiado tristes. Respecto á la composición, está usted en lo firme; se había publicado anteriormente, pero no en este periódico.

Voltereta.—El caso es que no puede decirse que no sirvan. Lo que hay es que... tienen el estilo humorístico de la primera época del Madrid Cómico. Y diez y seis años no pasan en balde.

Nabucodonosor.—Está bien tal como está. Porque la palabra suave no tiene más que dos sílabas en todo el mundo. Para hacer tres, lo cual es una licencia, hay que poner dos puntitos sobre la *u*, como usted ha hecho.

NOTA.—Tampoco hoy queda espacio para más. ¡Todo sea por Dios y por la guerra de Cuba!



COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1837

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS
9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA
Fidanzos en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
—
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA-MANANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 24 sup.º